



AL ATOYAC

Abrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar;
Y opongan en su lucha las aguas orgullosas,
Al encendido rayo su ronco rebramar.

Tú corres blondamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó;
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce Primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal;
Y plácido murmuras al pie de las palmeras,
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este Edén divino, que esconde aquí la costa,
El sol ya no penetra con rayo abrasador;
Su luz, cayendo tibia, los árboles no agosta,
Y en tu enramada espesa se tiñe de verdor.

Aquí sólo se escuchan murmullos mil süaves,
El blando son que forman tus linfas al correr,
La planta cuando crece, y el canto de las aves,
Y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Osténtanse las flores que cuelgan de tu techo
En mil y mil guirnaldas para adornar tu sien;
Y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
Con frescos ramilletes inclínase también.

Se dobla en tus orillas, cimhrándose, el papayo,
El mango con sus pomas de oro y de carmín;
Y en los ilamos saltan, gozoso el papagayo,
El ronco carpintero y el dulce colorín.

A veces tus cristales se apartan bulliciosos
De tus morenas ninfas jugando en derredor:

Y amante las prodigas abrázos misteriosos,
Y lánguido recibes sus ósculos de amor;

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
Y en tu salvaje templo comienza á obscurecer,
Del ave te saludan los últimos cantares,
Que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia; se cuelga ya brillando
La blanca luna, en medio de un cielo de zafir,
Y todo allá en los bosques se encoge y va callando,
Y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado,
Cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
También te vas durmiendo, apenas alumbrado
Del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle; ni turban tu reposo
Del remo de las barcas el tímido rumor,
Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
En busca de las peñas que esquivá el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
 Ni el ronco que á los aires los caracoles dan,
 Ni el *huaco* vigilante que en gritos lastimeros
 Inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

En tanto los cocuyos en polvo refulgente
 Salpican los umbrosos yerbajes del *huamil*,
 Y las oscuras malvas del algodón naciente,
 Que crece de las cañas de maiz entre el carril

Y en tanto en la cabaña, la joven que se mece
 En la ligera hamaca y en lánguido vaivén.
 Arrúllase cantando la *zamba* que entristece
 Mezclando con las trovas el suspirar también.

Mas de repente, al aire resuenan los bordones
 Del arpa de la costa con incitante son;
 Y agítanse y preludian la flor de las canciones,
 La dulce *malagueña* que alegra el corazón.

Entonces, de los *Barrios* la turba placentera
 En pos del arpa el bosque comienza á recorrer,

Y todo en breve es fiestas y danza en tu ribera,
 Y todo amor y cantos y risas y placer.

Así transcurren breves y sin sentir las horas;
 Y de tus blandos sueños en medio del sopor
 Escuchas á tus hijas, morenas seductoras,
 Que entonan á la luna sus cántigas de amor.

Las aves en sus nidos, de dicha se estremecen,
 Los floripondios se abren su esencia á derramar;
 Los céfiros despiertan, y suspirar parecen;
 Tus aguas en el álveo se sienten palpar.

¡Ay! ¿Quién en estas horas en que el insomnio
 (ardiente)
 Aviva los recuerdos del eclipsado bien,
 No busca el blando seno de la querida ausente
 Para posar los labios y reclinar la sien?

Las palmas se entrelazan, la luz en sus caricias
 Destierra de tu lecho la triste oscuridad:

Las flores á las auras inundan de delicias...
Y sólo el alma siente su triste soledad.

Adiós, callado río: tus verdes y risueñas
Orillas, no entristezcan las quejas del pesar;
Que oírlas sólo deben las solitarias peñas
Que azota, con sus tumbos, embravecido el mar

Tú queda reflejando la luna en tus cristales,
Que pasan en tus bordes tupidos á mecer.
Los verdes ahuejetes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó;
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

Julio 2 de 1864.



EL ATOYAC

[EN UNA CRECIENTE].

Nace en la Sierra entre empinados riscos
Humilde manantial, lamiendo apenas
Las doradas arenas,
Y acariciando el tronco de la encina
Y los pies de los pinos cimbradores.

Por un tapiz de flores
Desciende, y á la costa se encamina
El tributo abundante recibiendo
De cien arroyos que en las selvas brotan.

A poco, ya rugiendo
Y el álveo estrecho á su poder sintiendo,
Invade la llanura,
Se abre paso, del bosque en la espesura

Y fiero ya con el raudal que baja
 Desde los senos de la nube obscura,
 Las colinas desgaja,
 Arranca las parotas seculares,
 Se lleva las cabañas
 Como blandas y humildes espadañas,
 Arrasa los palmares,
 Arrebata los mangles corpulentos:
 Sus furores violentos
 Ya nada puede resistir, ni evita;
 Hasta que puerta á su correr dejando
 La playa. . . rebramando
 En el seno del mar se precipita!

.....
 ¡Oh! cuál semeja tu furor bravío
 Aquel furor temible y poderoso
 De amor, que es como río
 Dulcísimo al nacer, mas espantoso
 Al crecer y perderse moribundo
 De los pesares en el mar profundo!

Nace de una sonrisa del destino,
 Y la esperanza arrúllale en la cuna;
 Crece después; y sigue aquel camino
 Que la ingrata fortuna
 En hacerle penoso se complace,
 Las desgracias le estrechan, impasibles
 Le cercan por doquiera;

Hasta que al fin violento,
 Y tenaz, y potente se exaspera,
 Y atropellando valladares, corre
 Desatentado y ciego,
 De su ambición llevado, para hundirse
 En las desdichas luego.

.....
 ¡Ay, impetuoso río!
 Después vendrá el estío
 Y secando el caudal de tu corriente,
 Tan sólo dejará la rambla ardiente
 De tu lecho vacío
 Así también la dolorosa historia
 De una pasión que trastornó la vida,
 Sólo deja, extinguida,
 Su sepulcro de lava en la memoria.

1864.



Hasta que el fin violento,
Y tenaz, y potente se exaspera,
Y arrojando vallas, corre
Desentado y ciego,
De su ambición llevado, para hundirse
En las desdichas luego.

¡Ay, impetuoso río!
Después vendrá el estío
Y secando el canal de tu corriente,
Tan sólo dejará la ramba ardiente
De tu lecho vacío.
Así también la dolorosa historia
De una pasión que trastornó la vida,
Sólo deja, extinguida,
Su sequedad de lava en la memoria.

1861



CANSANCIO

[A ORILLAS DEL MAR.]

Bajo un dosel de cenicientas nubes,
Y el cielo de los trópicos por techo,
Del mar tranquilo en el profundo lecho
Escondida del sol la frente está.

Los viejos mangles de la costa inclinan,
Lánguidas de calor, sus cabelleras;
Y el viento de la tarde, en las palmeras
Susurra lento y perezoso ya.

Aquí del mar en la desierta orilla
Tan risueña otra vez y encantadora,
Demos rienda al pesar que nos devora:
Corra, mujer, el llanto del dolor,

Altamirano.—6.

Déjame reclinar sobre las peñas
Mi enferma frente, de sufrir cansada,
Y déjame que lllore, desdichada:
¿Por qué me pides pláticas de amor?

Me torturas el alma; yo no puedo
Mentirte una pasión, como tú mientes:
¿Cómo arrojar podrá lavas ardientes
Si sólo tiene hielo el corazón?

¿No has comprendido aún qué significa
De mi mal espantoso la fijeza?
¿Acaso yo no entiendo tu tristeza?
¡Ha muerto ya nuestra fatal pasión!

No finjas más; de nuestros labios salga
Esta verdad, aunque terrible y dura;
No hay lazo ya en nosotros de tortura,
Y arrastramos los grillos del pesar.

Nuestros besos son fríos... nuestros brazos
Ha fatigado el perezoso tedio.....
Nuestros ojos se apartan... no hay remedio
Esta horrible ficción debe acabar.

¿No ves que á nuestro paso todo muere,
Todo se inclina lánguido y se agosta?
¿No ves en las florestas de la costa
Las hojas de los árboles caer?

De tu morada triste á la ribera,
¿Qué halla tu pie, sino punzantes cardos
En vez de aquellos aromosos nardos
Que entapizaban tu camino ayer?

¿No ves que huyendo, alzó la Primavera
De la tierra su manto de verdura,
Y de sus rojos mirtos la llanura
El soplo del invierno despojó?

Las fecundantes nubes ya son idas,
Nuestro horizonte bello empalidece,
El pueblo de las aves enmudece,
Y el transparente mar se ennegreció

Lo mismo pasa en nuestro amor, señora;
Su hermosa primavera brilló un día,
Pero hoy, nos mata indiferencia impia.....
¡Llegó el invierno al corazón también!

Apagóse la lumbre de tus ojos,
Y enmudeció cansado en un instante
Ese pecho otras veces palpitante
Al abrigar mi enardecida sien.

¿Lloras? también yo sufro; me fatiga
Esta pesada y lóbrega existencia
De horrible saciedad, de indiferencia,
De tormento constante y roedor.

Hay otros seres que al amor se entregan,
Y son felices ¡ay! yo los envidio,
Yo que apenas amé, cuando ya lidio
Con el tedio, la duda, el desamor.

Sufro al mirar que junto á tí, en la playa
Las flores de la tarde voluptuosas
Abriendo van sus senos amorosas,
Hoy que la noche se extendió en el mar.
Y de su cáliz de marfil turgente
Exhalan sus aromas virginales,
Al soplo de los áridos terrales
Que hace de amor sus pétalos temblar.

Y te contemplo allí, muda, inclinando
Tu rostro que el dolor cubre sombrío,
Inundado del llanto que el hastío,
No el amor de otro tiempo te arrancó.

Ya estás marchita, y te pidiera en vano
Para alentar mi lánguida existencia
De los deleites la ardorosa esencia;
Ya el cáliz de tu seno se agotó.

Separarnos debemos para siempre,
Y un tormentoso porvenir ahorremos;
Nuestros votos mentidos olvidemos,
¡Fué nuestra historia un sueño de placer!

Libres nos deja el desengaño impío
Cuya segur odiosa nos separa;
Como libres también nos encontrara
Antes de unirnos la esperanza ayer.

.....
Ya las aves del mar en tardo vuelo
Van á las rocas á buscar su nido,
Y el tumbo de la mar enfurecido
Su espuma arroja hirviendo á nuestro pie.

Entre el capuz de tenebrosa noche
Se ha perdido á lo lejos la montaña;
Del pescador la lumbre en la cabaña
Pálida y triste fulgurar se ve.

.....
Vamos, señora, por la vez postrera,
Nuestro sueño á dormir bajo de un techo;
Porque la noche próxima, en tu lecho
Solitaria y ya libre te hallarás.

Debemos darnos sin llorar, sin pena,
El triste adiós del desencanto ahora:
¡Oh, sí! . . . ¡mañana al despuntar la aurora
Alejarme por siempre me verás!



AL SALIR DE ACAPULCO

A BORDO DEL VAPOR "ST-LOUIS" DE LA LINEA DEL PACIFICO.
EL 30 DE OCTUBRE DE 1863, A LAS ONCE DE LA NOCHE.)

..... Aun diviso tu sombra en la ribera,
Salpicada de luces cintilantes,
Y aun escucho á la turba vocinglera

De alegres y despiertos habitantes,
Cuyo acento lejano hasta mi oído
Viene el terral trayendo, por instantes.

Dentro de poco ¡ay Dios! te habré perdido,
Ultima, que pisara cariñoso,
Tierra encantada de mi Sur querido.

Me arroja mi destino tempestuoso,
¿Adónde? no lo sé; pero yo siento
De su mano el empuje poderoso.

¿Volveré? tal vez no; y el pensamiento
Ni una esperanza descubrir podría
En esta hora de huracán sangriento.

Tal vez te miro el postrimero día,
Y el alma que devoran los pesares
Su adiós eterno, desde aquí te envía.

Quédate, pues, ciudad de los palmares,
En tus noches tranquilas arrullada
Por el acento de los roncós mares,

Y á orillas de tu puerto recostada,
Como una ninfa en el verano ardiente
Al borde de un estanque desmayada.

De la sierra el dosel cubre tu frente,
Y las ondas del mar siempre serenas
Acarician tus plantas dulcemente.

¡Oh suerte infausta! me dejaste apenas
De una ligera dicha los sabores,
Y á desventura larga me condenas!

Dejarte ¡oh Sur! acrece mis dolores,
Hoy que en tus bosques quédase escondida
La hermosa y tierna flor de mis amores,

Guárdala ¡oh Sur! y su existencia cuida
Y con ella alimenta mi esperanza
Porque es su aroma el néctar de mi vida!

.....
.....
.....

Mas ya te miro huir; en lontananza
Oigo alegre el adiós de extraña gente,
Y el buque, lento en su partida avanza.

Todo ríe en la cubierta indiferente;
Sólo yo con el pecho palpitando,
Te digo adiós con labio balbuciente

La niebla de la mar te va ocultando;
Faro, remoto ya, tu luz semeja;
Ruje el vapor, y el Leviathán bramando

Las anchas sombras de los montes deja,
Presuroso atraviesa la bahía,
Salva la entrada y á la mar se aleja;

Y en la llanura lóbrega y sombría
 Abre con su carrera acelerada
 Un surco de brillante argentería

La luna, entonces, hasta aquí velada,
 Súbita brota en el zafir desnuda,
 Brillando en alta mar: Mi alma agitada
 Pensando en Dios, la inmensidad saluda.



LIBRO II.

—

A UNA SOMBRA

—

AL PIE DEL ALTAR

TRANSEAT A ME CALIX ISTE,

Vengo á tu templo con la faz sombría
 Y con el alma enferma de pesar,
 Buscando alivio en la desgacia mía
 Junto á la yerta losa de tu altar,

—